

Arácnidos

Ricardo Alberto Pérez
Arácnidos

Portada Martin Kubát
Design Nusle(.org)
Publicado por Éditions Fra,
Šafaříkova 15, 120 00 Praha 2,
República Checa, Fra.cz, en 2021,
como su publicación Nro. 215
en la imprenta Protisk, České Budějovice
Primera edición
BFO13

TRANSITION

Transition Promotion Program

© Éditions Fra, 2021
© Ricardo Alberto Pérez, 2021
Author photo © Harold López, 2020
Cover artwork © Martin Kubát, 2021
Design © Nusle, 2021
ISBN 978-80-7521-202-3

Índice

- 13 0 Las calles son los corredores del
alma, y de las oscuras trayectorias
de la Memoria
- 16 1
- 22 2 El avioncito de Bacuranao
- 27 3 El Tuerto
- 30 4 Verónica
- 37 5 Kafka y Hašek
- 40 6 Ácaro Rojo
- 42 7
- 44 8 Ácaro de Polvo
- 47 9 La Ninfea
- 51 10 El Helado y La Cochinilla
- 53 11 La Estrella y El Gorila
- 56 12
- 58 13 El Jíbaro
- 60 14 Fernando y Violeta
- 63 15 Ácaro Rojo
- 64 16
- 67 17 La Novia de Raíza
- 68 18 La Fleje y El Barbero
- 70 19 La Familia Nimiedad
- 72 20
- 74 21 Dalia
- 77 22
- 79 23 Raíza
- 82 24 La Estrella
- 84 25
- 86 26 Raíza. El tuerto
- 90 27 La muerte del tío Alberto

- 91 28 Violeta y Fernando. La Ninfea
94 29 Papiro
98 30 Arácnidos
101 31 Familia Nimiedad
104 32 La Novia de Raíza
107 33
111 34 El Jíbaro
114 35 La Familia Nimiedad
116 36
119 37 La Cochinilla y El Helado. Muerte
de los cerdos
123 38 Verena
125 39 El Jíbaro. La Pitón. El Jíbaro
134 40
136 41 Yamila
139 42 Balzac
141 43
144 44
147 45 La Novia de Raíza. El derrumbe
del tío Alberto
150 46 Señorita Mogote
154 47 La muerte de mi madre
157 48 El Jíbaro
159 49 La Familia Nimiedad
163 50 La Novia de Raíza
166 51
185 52 *Acarapis Woodi*
187 53
190 54 Cándida
191 55
195 56 La Estrella y El Gorila
198 57 Calle San Nicolás
201 58 Cándida
203 59 Mayito Frankenstein. Dalia

209	60
211	61 La Estrella y El Gorila
213	62 Verónica
217	63 Raíza. La novia de Raíza. Yo
219	64
221	65
225	66 Boris Karloff
227	67 Cándida y Cándido
229	68 El Gorila
231	69 Ácaro Rojo
233	70 La novia de Raíza
235	71 El derrumbe del tío Alberto. Mi madre
239	72
243	73 El Jíbaro. La prima Nélica
251	74 La Cochinilla y el Helado
253	75 Exilios
265	76 La Familia Nimiedad
267	77
269	78 La muerte del Gorila
270	79 La Cochinilla y El Helado
271	80 La muerte de Dalia
272	81 La Estrella
273	82 Fernando y Violeta
276	83
277	84 Raíza. La Novia de Raíza. Yo
279	85 La Familia Nimiedad
280	86 Verónica. El derrumbe del tío Alberto
283	87

EL HELADO Y LA COCHINILLA

Estamos ante El Helado y La Cochinilla, una superficie para dos elementos contradictorios. Uno inmóvil que en tiempo limitado perderá su condición pasando a ser un líquido repugnante; el otro es un ser vivo, se desplaza, y mientras lo hace adquiere aquello que se ha dado en llamar personalidad; más tarde poseerá una conducta, un modo muy peculiar de arrastrarse y escalar. Por separados no indican nada novedoso, pero en esta historia son pareja, tienen que convivir, sobre todo cuando La Cochinilla con desenfado decida atravesar la estructura ñoña de El Helado. La Cochinilla es un personaje del barrio, antes pasaba con frecuencia por mi casa. Un día se apareció con otra de su especie con el cuento de que necesitaba una camisa negra y una gorra: haría una salida de gran importancia para ella y estaba interesada en reforzar el asunto de la virilidad. Le mostré las pocas que podía ofertarle, y para mi asombro se las fue probando una a una delante de mí, dejando en cada operación la posibilidad de contemplar un par de tetas grandes y firmes, cuyos pezones se iban erizando según rozaban el tejido de mis prendas.

El Helado apareció después, era algo así como una mezcla de vainilla y coco, rebajados, tenues, exigiendo gran esfuerzo del paladar para su identificación; pero helado al fin alguien se interesó por él, en esta ocasión fue La Cochinilla, ese ser de terracota lejano al espíritu de una diosa indoamericana. Los veo pasar, y no me dejan de parecer pintorescos, dan la sensación de ser felices, y la gente comenta que El

Helado es muy buen muchacho, y que hasta sabe componer equipos electrónicos.

Después de haber gozado intensamente, entiéndase por ello la capacidad de separar ese tiempo finito del tedio cotidiano, el cuerpo está otra vez interactuando con el apetito, libre de las tensiones de la harina, el pan y los cuerpos menudos que te demandan todo tipo de cosa. Vale la pena hundirse, saber que es breve el sentido, encarnarlo en las bondades que otro cuerpo reserva para ti. Nos levantamos, y me mostró su sueño:

«Cortaba mucha carne roja, algunas zonas ya ennegrecidas por la retención de la sangre, de reses diferentes. Las organizaba con capricho en pequeñas porciones, así traficó algunos minutos con esa materia muerta, hasta que comencé a percibirla desnuda; a partir de ahí los trozos rojos ya no eran alimento, se convirtieron en objetos de fantasías, un hilito de sangre le bajaba del hombro al pezón, esa fue la prueba más dura, porque sentí un deseo casi incontenible de morderla, pero sabía que al mínimo roce de mis dientes con su piel quebraría la estructura de lo onírico, derramando entre los pies de ambos lo que podría conservarse como un episodio feliz de nuestras vidas».

LA ESTRELLA Y EL GORILA

La Estrella y El Gorila están en pleno apogeo de su labor, diría que una labor casi arqueológica, o ridícula, según quiera interpretarse. El Gorila se mantiene casi fijo en un mismo punto esperando las visitas de La Estrella; esta es audaz y atraviesa la vía láctea varias veces al día para ser fiel a las misiones que le va encomendando El Gorila. Este ha encanecido, tal vez porque ha sido consecuente con el cumplimiento del deber. No existe un erotismo inmediato entre La Estrella y El Gorila, habría que construirlo con abundante uso de la fantasía, y quizás terminaría siendo frustrante porque el resultado podría derivar en algunas escenas grotescas que carecerían de valor producto de las escasas energías que le quedan al Gorila, las cuales preserva para ser fiel a sus compañeros de lucha y a la causa por la que estaría dispuesto a dar hasta su rústica cabeza. Lo que no entiendo bien es el comportamiento de La Estrella. Pudiendo estar en la pureza de su hábitat, alimentándose de su valiosa sangre, que en este caso es luz, con su familia, allí en la constelación a la que pertenece, se desgasta, se contamina con las creencias de los terrestres a los que, por lo general, no les puede faltar un líder.

Esa mujer parecía un travesti. Afortunadamente no había ninguno por allí. La espalda alargada y las distinciones que les son otorgadas a las militantes del sexo femenino se le habían concedido con recelo. Muchas dudas a la hora de colocarle, sobre todo, los senos y las nalgas, pero allí estaban. Y hasta parecía hacer feliz a un hombre que ahora intentaba to-

mar un ómnibus con ella. Los otros sufren ante estos seres que agraciados por las dudas del creador dejan ante el paladar de los más sabios el condimento exacto para cubrir cualquier tipo de fantasía, algo así como una «especie andrógina» llega para aclarar las opciones sexuales de no pocos confundidos. Pero decíamos que los que sufren ante esa virtud natural llevan una vida muy esforzada, y terminan siendo expulsados del siempre aburrido consenso de los demás.

De pronto descubrí que uno de los miembros de la familia Nimiedad colaboraba con la causa de El Gorila. Durante muchos años fue un asiduo merodeador de la playa de Guanabo, y también se fanatizó con la idea de criar y amaestrar perros de raza. En especial le encantaban los pastores alemanes, incunables de dicha especie. Casi siempre remataba su personalidad con objetos decadentes que quizás hace más de cincuenta años pudieron ser símbolos de poder.

Los Nimiedad llegaron a ser temerarios, algunos de ellos en su juventud demostraban tener valor y en más de una ocasión fueron tomados en cuenta, pero agotada la rebeldía a través de la combustión, les repartieron a cada cual ciertas funciones. La más grave noticia era que ninguno de los crecidos en el seno de aquel hogar había sido vacunado en su niñez contra un virus provocado por la sátira.

El primero en adquirirlo fue justamente el más guerrero de todos, lo que se dice un verdadero estratega militar. Una madrugada confundió el presente con el pasado y salió disparando su pistola y despertando groseramente a una comunidad de gallinas que dormían en un pequeño guayabal. Días más tarde se enganchó todas las medallas ganadas en com-

bates y escaramuzas y salió a la calle gritando que había reencarnado en Napoleón. Hay otros dos de los Nimiedad que siempre han tenido porte de reptiles. Los tipos cambian de color en una cuarta de tierra, y se arrastran con tanta maestría que ni daño se hacen. Pero a pesar de tantas habilidades ya no conservan la energía de otros tiempos, ahora parecen actores vencidos por su propia mediocridad, y si les caen gorgojos, tardarán solo unas pocas horas en convertirse en polvo.

Algunas imágenes dolorosas se relacionan con lo que puede ser cálido y deseado, lo que otros llaman trozos hirientes de visión; también existen los juegos peligrosos, los diálogos cargados de un trasfondo rojizo que declina sobre los músculos, la fruta prohibida la tienes ahí, casi te roza, la puedes tomar, y que se envenene tu sosiego, tu postura de hombre correcto, que estallen los hermosos límites que preservaban con rigor tu disposición.

«Venían caminando desnudas por encima de la paja esparcida de manera casi geométrica sobre un amplio campo a cuyo margen más lejano corría una cañada, venían con los cuerpos empinados, en rigor sobresalía la solidez de las nalgas de ambas, y los cabellos mojados que le chorreaban hasta los pies, visiblemente arañados... se escuchó un ruido o desenlace que estuvo precedido por un pelotón de garzas blancas que semejaban una artillería, o banda de música del propio ejército». Estuve leyendo, indagando entre algunos amigos sobre el mensaje o los mensajes que podría contener este sueño que había tenido tres noches atrás, algo me comentaron en cuanto a la capacidad simbólica que se había desplegado. El amplio campo tapizado por la paja apareció como un irremediable sentimiento de desamparo, el acecho cruelmente planeado desde esa sensación de ser vulnerable...

La idea de estar desnuda le era bastante poco confortable, pero ya había aceptado tal desempeño, de ello dependía su futura realización espiritual. No era

una simple operación que produjera algunas ganancias inmediatas; menos le importaban que la posibilidad, quizás irrepetible, de insertarse en un proyecto capaz de transformar el modo de interpretar la existencia. Supo escoger, y con la mano enlazada a la de su compañera siguió caminando por encima de la paja, aunque tenía los pies exactamente calculados para cualquier tipo de excitación. Ellos se continuarán arañando como parte del maquillaje con el que se tendrían que mostrar en una situación tope y sobre el cual se apoyaría para que la veracidad de cada una de las escenas continuara atrayendo al selecto grupo que finalmente confiaría en la representación.

Supo saltar al vacío, con ese interior todo revuelto y turbio que entre dientes me había confesado. Pensé con cierta emoción, aunque me molestó admitirlo, que pertenecíamos a una misma sensibilidad, algo que de hecho podría escandalizar a algunas personas de vanguardia. Cuando se me acercaba la percibía tensa, ansiosa, pidiéndome soterradamente todo tipo de protección. Movidio por un instinto oculto le pedí que se quitara los zapatos. Me obedeció, dejando los pies ante mis ojos engrandecidos frente a los profundos arañazos de pajas afiladas que los surcaban por todas partes. Entonces le pregunté por la otra; después de la representación se había esfumado, y sin escuchar sus palabras iba a ser casi imposible comprender lo que había sucedido, a lo cual ya no tenía como renunciar. Había sido involucrado en un acontecimiento sentimental de manera súbita. Lo peor era que mi vida podría en cualquier momento ser perturbada por aquella pasión de la que solo participaba en el angosto trecho que limitaba el fin de un sueño.

EL JÍBARO

«El traqueteo de los trenes, los trenes se me vienen encima como una tempestad, son trenes que avanzan por líneas diferentes, que en algún momento deben de ser, quizás sean justamente cuando todo esté acabado, y no podré ver las manos agitarse por las ventanas en un intercambio esperado durante años, ellos sabían que en un punto de la travesía tendrían tan solo algunos segundos para recordar los rostros que alguna vez fueron familiares. Se cruzarán los trenes separados por pocos metros, y ya estaré cumpliendo otra función; pero ahora sigo encantado, con las conversaciones, con la austeridad que se respira a través de los pasillos, algunos viajeros se perciben ansiosos, tal vez no han consumido sus grandes cuotas de deseo».

El Jíbaro montó en el tren con escasas pertenencias. El país se suponía libre, pero tras él se escuchaba el ruido de los nuevos rancheadores. El trayecto sería de Holguín a La Habana. Una mujer pasada del tiempo en que queda bien ser audaz se le sentó enfrente. Era una de esas sarasas que andan desesperadas porque alguien las maltrate un poco. El Jíbaro, que nació con el natural de la maldad, enseguida se dio cuenta y, después de preguntarse las rutinas que siempre indagan dos desconocidos al comienzo de un viaje, ella le dijo: «pareces un músculo regado en este mundo para provocar». Él la miró, y después de sonreírse a sí mismo empezó a frotarse su verdadero músculo de tal modo que ella cayó sentada encima de aquel joven poseído por un desenfre-

nado talento capaz de agrandar la propia órbita de la existencia.

Al caer la noche la sarasa estaba de rodillas mándosela al Jíbaro quien aún la llevaba embarrada de la resina del tronco. El tren se iba y no tuvo tiempo de lavársela. Pasó de la fantasía a esta sórdida realidad de ser comido por una cuarentona decadente, sin posibilidad de acceder al aseo. El Jíbaro llegó a La Habana con el futuro escrito. Sus manos eran grandes y seguramente alguna cartomántica pudo adelantarle pasajes de su drama.